

## VII Centenario de la Universidad de Salamanca (\*)

*Cúmpleme expresaros, en nombre del Gobierno de España, vivo agradecimiento por vuestra presencia aquí, en este paraninfo de la Universidad de Salamanca.*

Para honrarla en el VII centenario de su constitución, habéis llegado por los mismos caminos por donde venían, allá en los siglos grandes, escolares y maestros de lenguas distintas, para aprender aquí altos saberes, o por donde marchaban escolares de Salamanca para oír las sabias lecciones de vuestros antepasados en París, en Bolonia o en Oxford, los cuatro cuarteles mayores de la sabiduría. Estáis en Salamanca, la ciudad que, al decir de nuestro Príncipe de las Letras, "enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado". Esta Salamanca, en donde el sol de Castilla se ha ido quemando, siglo a siglo, incrustado en las piedras y donde la luz del pensamiento se ha hecho alma impalpable, pero real y presente en sus aulas y colegios.

Han pasado muchos siglos desde aquellos tiempos en que Salamanca era, con las otras cuatro o cinco Universidades mayores de la cristiandad, símbolo de los saberes más nobles. Aquellos tiempos que permitían también a don Miguel de Cervantes poner en boca del Ingenioso Hidalgo en casa de don Diego y en honor de un joven letrado, la alabanza máxima de que merecía estar "laureado no por Chipre ni por Gaeta, sino por las Academias de Atenas, si hoy vivieran, y por las que hoy viven, de París, Bolonia y Salamanca" (Parte 2.ª, cap. XVIII). Elogio también refrendado por el sentido común del buen Sancho, para quien era motivo de confianza y crédito el que Sansón Carrasco fuera nada menos que "persona bachillerada por Salamanca" (Parte 2.ª, cap. XXIII).

Pasaron luego los años, los lustros, los siglos, y fué difuminándose la vieja fama; pero bajo las cenizas de muchas tristezas y quebrantos quedaban los rescoldos de un gran espíritu. Ese espíritu se hace llama ahora con el viento que traéis vosotros de las tierras todas del universo. Llegáis a Salamanca con la ilusión de encontrarla, y ella os estaba aguardando impaciente. Habéis venido con grandeza de espíritu; con la misma grandeza os recibe la Universidad centenaria, fiel a sí misma y renacida en su ensueño.

Hay algo sobremano profundo en este encuentro, algo que fluye de la esencia misma, que

es como el secreto fundamental de esa institución viva que desde el Medievo vienen llamando los hombres Universidad. No puede haber Universidad sin grandeza de espíritu; sin ella no cabe el ayuntamiento de maestros y escolares para aprender los saberes que marcaba el Rey Sabio; sin ella falta la fuerza interior para que la Universidad imprima su forma sobre el contorno de su pueblo. Hoy, en esta hora apasionada de tantos fraccionamientos, urge más que nunca encontrarse a la Universidad abrazada a esa fuerza interior. Hoy, en que los grupos económicos luchan y se entrecruzan en la vida diaria, la Universidad ha de alzarse sobre ellos y mantener una norma de integración social. Hoy, en que las distintas ideologías se combaten hasta el exterminio, la Universidad puede y debe ganar la batalla de la paz cristiana.

Cabalmente por eso, los Gobiernos, las jerarquías todas que rigen hoy la vida pública de los hombres, nacional e internacional, han de mirar con atención creciente y cuidar del afianzamiento de las Universidades, garantizándoles la órbita de su legítima personalidad y el despliegue de su acción. Esta actitud de respeto y de apoyo no es más que un volver a la hora primera fundacional de las grandes Universidades de Europa. Esta misma Universidad de Salamanca —como ya se os habrá dicho más documentada y galanamente a lo largo de estos días— nació y fué desenvolviéndose merced a la preocupación conjunta de Reyes y de Pontífices. Si en el arca santa de los monasterios, con sus escuelas monacales (digamos en España los nombres venerables de Sahagún, San Millán de la Cogolla, Ripoll, Poblet, Las Huelgas), se salvó la primera parte de la gran herencia del saber antiguo, y luego, al calor de las catedrales —como la de Compostela, Oviedo, León, Palencia, Barcelona, Salamanca misma—, se amplió en el siglo XII la órbita de los saberes de la mano materna de la Iglesia, pronto—en los albores mismos del XIII—acudiría el celo de los Monarcas a dar vida a aquella Institución de los estudios generales en que cuajaría la "Universitas magistrorum et scholarium".

Bien presentía el Rey Alfonso, ambicioso de Imperio en todas sus dimensiones, cuál debía ser la actitud del Príncipe ante el mundo de la ciencia. Bien presentía que "acucioso deve el Rey ser en aprender los saberes, ca por ellos entenderá las cosas de Reyes, e sabrá mejor dorar en ellas... Onde el Rey que despreciase de aprender los saberes, despreciaría a Dios de quien vienen todos, según dixo el Rey Salomón". Y sabía

(\*) Discurso del Ministro de Educación Nacional, Excmo. Sr. D. Joaquín Ruiz-Giménez, en el acto de clausura de la Asamblea de Universidades, celebrado el día 12 de octubre en Salamanca.

aún más y lo dejó dicho en su Ley de Partidas, que a los Reyes importa cuidar la misión de los "omes sabios" por quienes "las tierras e los Reynos se aprovechan, e se guardan e se guían".

Bastaría esta noble obsesión del Rey Alfonso para absolverle de aquellos otros olvidos de las cosas de la tierra, que dieron al traste con su grandeza terrena y arrancaron a Juan de Mariana, para simbolización de su reinado, el duro epitafio: "Dumque coelum considerat, observatque astra, terram amisit." A fuerza de mirar a las estrellas, y más aún a fuerza de perseguir títulos imperiales, perdió sus tierras. Pero a fuerza de amar los saberes ganó para siempre esta tierra prometida de la cultura, que, más o menos, desde entonces se llama Universidad de Salamanca.

Vaya, pues, nuestro recuerdo hasta su tumba de Sevilla, donde, si fué enterrado con galas imperiales que se ajaron pronto, duerme también con la gloria de los saberes por él ayudados, que florecen de siglo en siglo, como la única flor permanente de su ilusionado mirar a las estrellas.

#### LA MISIÓN POLÍTICA DE LA UNIVERSIDAD.

Y así, dichos nuestro agradecimiento por vuestra presencia en Salamanca y nuestro recuerdo emocionado al Monarca que diera consistencia y norma a esta Universidad, cuya fiesta hoy nos congrega, dejadme que por unos momentos os diga hasta qué punto hoy los jefes de los Estados, los hombres de gobierno necesitan crecientemente de vosotros, los hombres que tejéis calladamente, día a día, la tela sutil de la cultura.

Porque la Universidad tiene, además y por encima de sus misiones concretas y específicas, tan reiteradas veces perfiladas—investigación de la ciencia, formación de los profesionales, transmisión de la cultura, educación superior del hombre—, y como envolviéndolas a todas ellas, una "irrenunciable misión política".

Es cierto que primaria y primordialmente en la Universidad importa que los escolares—vuelva aquí el lenguaje de romance de Alfonso el Sabio—"puñen de estudiar et de facer vida honesta y buena: ca los estudios para eso fueron establecidos..." (Partida segunda, tít. 31, ley 6). En otros términos, lo primario y fundamental es que la Universidad se vuelva sobre sí misma, ahonde en su entraña, trabaje penosamente por conseguir la ciencia, abrir caminos a través de los problemas de la inteligencia, descubrir las técnicas que dominan a la naturaleza, señalar los caminos hacia la realidad trascendente. Si la Universidad fallase en estas sus tareas innatas y esenciales dejaría de ser ella misma. Es más: la primera función política de la Universidad la logra cabalmente con ser fiel a estos deberes, los específicos del alumbramiento y transmisión de los saberes, porque los pueblos están hechos de hombres y los hombres sólo a fuerza de saber—en plenitud—son personas. La Universidad que cumple con esa tarea, con la tarea de la formación técnica, y que todo ello lo engarza en una formación total de la persona, es ya verdaderamente universidad, y sólo lo es por hacerlo así.

También esta "función hacia dentro" de la Universidad, sobre su propio cuerpo y espíritu, tiene un sentido político. El que subraya el cardenal Newman al decir que "lo que es un Imperio en el orden político, eso es la Universidad en la esfera de la filosofía y de la ciencia..., poder supremo que protege y coordina todo saber, ya se trate de principios abstractos o de hechos experimentales concretos..., juez colijo / que no ha de enseñarse a un pobre / con destreza, gala y brío / a reñir; que yo afirmo / que si hubiera un maestro solo / que enseñanza prevenido / no el cómo, el porqué se riña, / todos le dieran sus hijos."

Cuando la Universidad así enseña no sólo "el cómo" hacer las cosas, sino el "porqué", ya presta un servicio fundamental a la nación, servicio con que soñaba Pedro Crespo, el hispánico Alcalde de Zalamea, al despedir a su hijo: "Aquesta escuela no es / la que ha de ser, juez colijo / que no ha de enseñarse a un pobre / con destreza, gala y brío / a reñir; que yo afirmo / que si hubiera un maestro solo / que enseñanza prevenido / no el cómo, el porqué se riña, / todos le dieran sus hijos."

Mas hay un segundo aspecto, que aquí importa subrayar especialmente como de interés primordial para los gobernantes: el de la proyección política de "la Universidad sobre su contorno". Ortega y Gasset lo marcaba agudamente: "La sociedad necesita buenos profesionales—jueces, médicos, ingenieros—, y por eso está la Universidad con su enseñanza profesional. Pero necesita antes que eso y más que eso, asegurar la capacidad en otro género de profesión: "la de mandar". En toda sociedad manda alguien—grupo o clase, pocos o muchos—. Y por mandar no entiendo tanto el ejercicio jurídico de una autoridad como la presión e influjo difusos sobre el cuerpo social."

Enseñar a "dirigir y a servir", he ahí una misión radical de la Universidad. Por la vía específica de la ilustración de la inteligencia y por la vía de formación de la voluntad, que también la voluntad ha de ser entendida y aliñada, diría nuestro Gracián. La Universidad es así no sólo hogar para la meditación y el diálogo, sino también forja de minorías conductoras que iluminen y rijan la vida social. Para que la masa sea pueblo, para que una estructura dé forma humana a la ciudad, importa, urge, que la Universidad sea de nuevo rectora de la vida pública. En su hora fundacional lo vieron así los príncipes; así lo vió el Rey Sabio.

La Universidad, concretamente esta misma Universidad de Salamanca, cumplió esa empresa en horas decisivas. Piénsese, por ejemplo, en las consultas que el propio Rey Sabio dirigió a sus catedráticos más doctos. Y luego, bajo el mando revitalizador de Doña Isabel y Don Fernando, nuestros Católicos Reyes, el papel que jugó esta Universidad en la gran empresa del Descubrimiento de América. Aquí, frente a incomprendimientos y recelos, encontró acogida Cristóbal Colón; aquí, juristas y cosmógrafos dieron apoyo a su ensueño, y aquí, sobre todo, no se le murió la esperanza gracias a la caridad viva que anidaba en el convento de San Esteban y a la penetración y santa terquedad del gran teólogo y catedrático de Prima, fray Diego de Deza. En cierta forma, osaríamos decir que Salamanca fué, con la Reina Isabel, el ángel de la guarda de la estupenda aventura del Descubrimiento. En todo caso, lo fué ciertamente en la otra em-

presa, inmensamente más noble, de la civilización de las Indias.

No fué obstáculo el sentimiento de poder casi ilimitado del Emperador Carlos V para que acudiese en consulta a los teólogos maestros de esta Universidad, en aquella memorable carta de enero de 1539, en que se leen estas y otras apasionantes palabras: "... Sabed que fray Juan de Oseguera, de la Orden de Sant Agustín, por parte del obispo de México, ha presentado en nuestro Consejo de Indias ciertos capítulos y dudas que en la Nueva España, que en las nuestras Indias del mar Océano, se han ofrecido acerca de la instrucción y conversión de los naturales della a nuestra santa fee. Las cuales en él vistas, por ser como son cosas teológicas, ha parecido que conviene que sean vistas y examinadas por personas teólogas. Por ende, yo vos ruego y encargo que veais los dichos capítulos y dudas que con ésta van, y platicadas con los otros teólogos de esta Universidad que a vos os pareciere, enviéis ante nos al dicho nuestro Consejo Vuestro parecer sobre cada cosa dello firmado de vuestro nombre y de las personas que eligierdes para ver y determinar lo susodicho."

Y no se diga que meses después, en noviembre de aquel mismo año, habría de salir del mismo Emperador para el prior del convento de San Esteban otra carta en que se expresaba alarma y repulsa porque unos maestros, religiosos de la casa, hubieran puesto en práctica y tratado en sus sermones y repeticiones el derecho real sobre las Indias y de la fuerza y valor de las composiciones hechas con aprobación del Pontífice de Roma: "Porque de tratar a semejantes casos son nuestra sabiduría e sin primero nos abisan dello más de ser muy perjudicial y escandaloso podría traer grandes ynconvenientes en deservicio de Dios y desacato de la Sede Apostólica e Vicario de Christo e daño de nuestra Corona Real destes Reynos." No se diga que esto contradice aquel deseo de escuchar a los teólogos y maestros de Salamanca en tan grave negocio como el de las Indias, sino que era cautela por posibles extralimitaciones; pero que no frenó las enseñanzas públicas de fray Francisco de Vitoria y de sus compañeros de claustro, hasta el punto de motivar sobre ello, al regreso del Emperador Carlos a España, después de su ausencia en los Países Bajos, la famosa reunión de la Junta de Indias para tratar a la luz de aquellas doctrinas y sobre informes de hechos concretos la reordenación de instrucciones del Gobierno sobre las Indias.

Aquellos tiempos pasaron, y tal vez en la ruptura del diálogo entre las viejas Universidades y los portadores del Poder real y de gobierno pudiera encontrarse una razón más del declive de España.

La Universidad, en los siglos modernos, aun allende nuestras fronteras, fué tomando otros aspectos socialmente importantes; mas su voz dejó de tener esa resonancia directa sobre el gobierno de los pueblos.

La Universidad no es escuchada, no pesa sobre los grandes problemas sociales y políticos del mundo en la medida que corresponde a su ser mismo de órgano pensante de la nación. Para orientar sobre la marcha de los asuntos sociales y políticos se crean, se forjan y rehacen nuevas organizaciones, pero ninguna alcanza

la fortaleza y reciedumbre que tuvieron antaño las grandes Universidades del mundo cristiano. Entre tantas vacilaciones y caídas, ¿no será ésta la hora en que vuelvan los hombres de gobierno de los pueblos a querer escuchar a la Universidad? Mas, para que esto sea posible, para que de nuevo adquiera la Universidad una misión rectora, en proyección de luz de inteligencia y de norma de conducta, es indispensable que la Universidad cumpla, por lo menos, la afirmación de sí misma—recuérdese a Newman—como imperio interior jerarquizado de saberes y de valores. Para la turbación y aun la angustia del mundo está ya claro que no bastan los saberes técnicos y de dominación, que hacen falta también los saberes de salvación, entroncados con el destino último de los hombres. Sólo a fuerza de cumplir esta tarea la Universidad podrá pesar de nuevo en la conducción de los pueblos, esos hombres grandes que, a pesar de todo, tienen demasiado niño el corazón como para seguir andando solos y como a tientas, sin que alguien—la Iglesia y la Universidad—les marque, cada uno en su esfera, con hitos de verdades, el camino hacia la casa del Padre.

\* \* \*

Y con la jerarquía de los saberes, la autodisciplina interior: "discipulo debe antes ser el escolar que quiera haber honra de maestro"—así otra vez el Rey Sabio—. Frente a tantos y ya pasados brotes internos de anarquía y de rebelión en el seno mismo de las Universidades, importa que para que la Universidad influya en la tarea de reconstruir a los pueblos y, más aún, a la comunidad internacional, refuerce ella misma, con íntimo convencimiento, el imperio de un orden de libertad interna y de obediencia. Un ilustre maestro de allende el mar, de la Lima lejana y próxima, ponía en guardia a los universitarios frente a la tentación de la falta de norma y de obediencia: "Toda autonomía—escribió el Dr. Honorio Delgado—es hija de la heteronomía, y toda maestría supone aprendizaje obediente." Sólo con mucha exigencia sobre sí misma, sobre sus maestros y sobre sus escolares; sólo rehaciendo una estructura orgánica del cuerpo social dentro de su propio seno, la Universidad podrá contribuir a que rescate su pueblo, la patria de que ella es parte lúcida y viva, el orden humano de libertad y obediencia que las naciones necesitan con urgencia para volver a ser viviendas de hombres.

\* \* \*

Por último, la Universidad así reajustada en su ser íntimo ha de abrirse cada vez a su contorno y a su tiempo. Cabalmente, si esta Universidad de Salamanca creció y tuvo influencia y peso sobre la vida de España fué porque estuvo abierta a las exigencias de su hora histórica, porque sus teólogos supieron renovar los métodos de la enseñanza de la Teología; pero, además, porque supieron hacer entrar en la Teología problemas concretos de la vida en torno. Es posible que si las puertas de esta Universi-

dad de Salamanca no se hubieran abierto a la llamada de las Indias y de sus problemas palpitantes, Salamanca no sería hoy apenas más que una palabra olvidada en viejos pergaminos.

Hoy no tendremos, tal vez, que discutir títulos de conquistas terrenas y de colonización de tierras nuevas, pero tenemos interrogantes tan ásperos y urgentes como el de la restauración económica y social de nuestros pueblos o la formulación de un nuevo Código penal y procesal, de órbita internacional, como el Vicario de Cristo acaba de pedir a los hombres con clamor profundo, eco, quizá, de la vieja voz del maestro Victoria o de Francisco Suárez. A las puertas de nuestras Universidades llama todo ese mundo de inquietudes y de angustias. Por haberse quedado las Universidades muchas veces insensibles o poco dispuestas a entrar en diálogo con ese palpitante de los pueblos, han ido surgiendo otras instituciones y centros que sin rai-gambre y fortaleza tratan de contestar a las preguntas de los hombres sencillos, de los que tienen que vivir. Aquí, en esta Universidad de Salamanca, que tan reciamente hincó su palabra sobre el problema vivo de su tiempo, hagamos nosotros intención de que nuestras Universidades se abran grandemente al dolor y a la esperanza de los hombres de nuestra tierra y de las otras tierras, porque toda Universidad ha de ser Universidad del mundo. Que de ella sal-

gan para el Gobierno hombres prudentes y hombres esforzados, contra toda mentira y contra toda injusticia. Hombres de alma entera, hombres unitarios, no partidos, tanto en lo natural, como en lo sobrenatural, cristianos totales, capaces de poner un poco de luz y de calor en esta hora atormentada.

Esta es nuestra tarea, ésta debe ser nuestra mejor ofrenda a Salamanca. Tarea arquitectónica de ir logrando que en una más alta armonía se engargen los saberes humanos y los divinos, como se entrelazaban aquellas músicas, divina y humana, que oía por aquí mismo fray Luis de León. En esta hora de ayes y de ruidos hace falta que surja una música profunda del corazón de nuestras Universidades. Sean cada una de las Universidades de Europa y de América como una lira en nuestras manos. Si por pereza o por violencia hacemos saltar sus cuerdas, entonces el mundo quedará, tal vez, en la triste servidumbre de los rumores sin sentido. Pero también podemos hacer que en esta gran lira que es la Universidad suene de nuevo la armonía de la paz divina y humana que nos haga volver a creer en nosotros mismos y servir a nuestros hermanos los hombres y al Dios, Señor de todo amor y de toda armonía.

JOAQUÍN RUIZ-GIMÉNEZ.